

De la Cumbre a la Caverna

Con el ánimo de forjar verdaderos montañeros que asciendan a las cumbres con más ilusión que a «puntuar», interviene en esta Sección el Grupo de Ciencias Naturales «Aranzadi», regida por auténticos montañeros, para divulgar conocimientos que no solo están al alcance de los superdotados de materia gris.

Mi amigo José es un montañero extraño; algo huidizo y muy particular en sus aficiones. Él dice que ya tiene muchos años y que no puede ver las cosas como las veía a mi edad—José me lleva bastantes años—. Hoy se ha sumado a nosotros; a todos nos sorprende un poco verlo caminar a nuestro lado, pero, ¡claro! a él le ha interesado nuestra escapada en una oportuna camioneta que había de dejarnos en Andatzarrate.

La mañana es fresca y promete un día estupendo. Entretanto se adelantan mis compañeros en dirección a Iturriotz, retraso mi marcha y procuro acompañarla a la más sosegada de José; quiero saber qué planes especiales le traen hoy por la Montaña.

—¿A dónde vas José? Nosotros subimos a Ernio; alguno hará Gazume; todos necesitamos puntuar alguna de estas cumbres. ¿Y tú a...?

—¿Yo no sé...; depende... de momento el collado de Zelatun.

—Y bien;—le contesto un poco alarmado—pero subirás alguna montaña, ¿no?

—¡Sí, hombre, sí!; subiré una montaña cualquiera, pero subiré alguna.

Me tranquilizo... ¡Este hombre tan... espe-

cial...! Pienso en sus contestaciones que entiendo como de una vaguedad poco seria con nuestro montañismo acreditado por la constancia en la realización de una serie de montes para nuestros concursos particulares... Él no; dice irá a la montaña, «a cualquiera de ellas»... La verdad, no lo entiendo muy bien; prefiero distraerme un poco contemplando los juegos cambiantes de la superficie nacarada del mar que veo por encima de la ría de Orío.

¡Buen «gosari» el de Iturriotz! Por encima de nosotros, próximo al collado de Zelatun vemos a José, habla con un pastor y toma notas en su cuadernito misterioso. Alcanzamos este grupo.

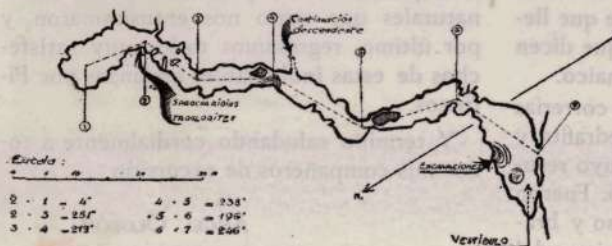
José hace preguntas al pastor. Domina la lengua vasca, el «euskera», lo que facilita notablemente su más íntima relación con el «artzai». José le pregunta por la situación de sumideros y cuevas; parece discuten la autenticidad de algún toponímico que desconozco totalmente...

Nos separamos de nuevo, nosotros a Ernio y ¿José...?

—¡José...! ¿Vienes con nosotros...?—le he gritado.

"MENDIKUTE" KO KOBA."

PLANO DE LA CUEVA DE MENDIKUTE, POR CRISTINA ARANZADI, 1950



Plano de la Cueva de Mendikute situada en la vertiente meridional del macizo de Ernio a 755 mts. s. N. M.—Término municipal de Albiztur.—En sus paredes se han observado zarpazos del Oso de las Cavernas, ha dado restos arqueológicos prehistóricos importantes y encierra una fauna de insectos cavernícolas por demás interesante.

—¡Miguel...!—José me llama—hoy podíamos hacer un trato.

—Conforme—le contesto—, pero yo soy bo a Ernio.

—¡Sí, hombre! Subirás a Ernio, pero, mira; a mí, la verdad es que llegarme a la cumbre me hace perder un tiempo precioso... En fin; te lo voy a conceder: llegaré a la cumbre y depositaré en ella mi tarjeta como puedes hacerlo tú... si después, te sientes capaz de acompañarme a Mendikute...

¡Encantado, José...! Ahora hablas como un buen veterano. ¡Pues no he de ir a Mendikute!

—Bien, Miguel, pero, de Mendikute, interesa visitar una cueva muy interesante que...

No le dejo terminar; le interrumpo con violencia y rompo en arrebatado de «santa ira».

—¡Una... CUEVA...? Mira, José; ya sé que tú eres de esos de «ARANZADI»; de esos que en lugar de comerse las palomas que se cazan en Echalar, las sueltas con una anillita, destripan terrones por encontrar fósiles o salen al campo con un «cazamariposas», como en las caricaturas. Yo soy, quiero serlo, un montañero; un montañero enamorado con exclusividad de su montaña, de la Montaña, en general, pero de la nuestra, modesta y bella, particularmente. Yo salgo al campo en busca de cumbres, de aire y de luz...

Sigue un silencio prolongado; José nada me contesta y me duele un tanto cuanto le he dicho... Bueno, por lo menos creo haber sido sincero y eso también vale algo...

Un nuevo doble en el camino y las cruces del Calvario. Hasta la cumbre no cambiamos ninguna otra parrafada. Respiro largamente, con profundidad, en relajación total de cuerpo y espíritu, tumbado al sol, entre las cruces cuyos brazos se abren al cielo azul recordando la vieja promesa de la eterna Paz a los hombres de buena voluntad...

Descendemos por el hayedo, en dirección a Erniozábal. No sé por qué he prometido a José acompañarle a Mendikute y me he despedido de mis compañeros. José se orienta con seguridad envidiable; esto lo ha pateado mucho y me maravilla observar cómo aprovecha las irregularidades de esta crestería en beneficio de nuestro itinerario. «Pero yo no entraré en la cueva», he pensado antes de colarme tras él, bajo un túnel que forma el hayedo achaparrado...

Nos encontramos ante la boca de entrada de la caverna: «MENDIKUTE'ko KOKA». Me siento derrotado; derrotado de hambre y de ganas de darle un buen tiento al «zato». Sudoroso, mareado en la parada, he tirado materialmente la mochila y respiro con avidez hasta sosegar me y alcanzar el ritmo per-

Algunos seres cavernícolas que colonizan la cueva de Mendikute.

1) **Obisium (Blothrus) vasconicus**. F. Noaidez.—Curioso arácnido extremadamente carnívoro, armado de potentes quelíceros (pinzas prensoras). Deambula por paredes y techo.

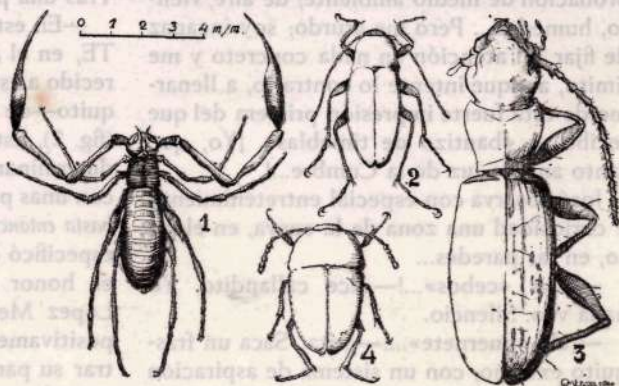
2) **Speocharidius breuili**. Jeannel.—Esbelto coleóptero de largas antenas y patas delgadas recogido por primera vez en 1917 por el abate Breuil y estudiado y descrito por el famoso entomólogo francés Dr. Jeannel quien hubo de crear un género nuevo (**Speocharidius**) para dar cabida a este interesante insecto ciego y a otros varios, exclusivos todos ellos de cuevas del macizo de Ernio.

3) **Trogloorites breuili mendizabali**. Jeannel.—El gigante entre los habitantes de la cueva de Mendikute. Coleóptero, prostichido ciego de armoniosa escultura y poderosas mandíbulas. Presenta leves diferencias con la especie tipo **Trogloorites breuili**, Jeannel, que puede

cazarse en la Sierra de Aralar (cuevas de Akelar, Martintxurixto, Aparein, Putxerri, Intzartzu, etc.)

4) **Speonomus mendizabali**. C. Bolívar. Único ejemplar (hembra) conocido de esta especie y que se conserva en las colecciones «Biospeológica» de París. Todos los intentos hasta ahora efectuados para cazar ejemplares machos, indispensables para una definitiva determinación, han resultado fallidos. La solución de este problema curioso que encierra la cueva de Mendikute puede muy bien ser obra de algún lector de PYRENAICA que ganaría así el agradecimiento de «Aranzadi» y de la ciencia entomológica.

(Dibujos tomados de Jeannel, Noaidez y Bolívar).



dido. Tranquilizado, reacciono ante lo que me rodea... José toma notas; todavía soporta el peso de su mochila... ¡Qué «tío»...!

—Y bien; los exploradores de cuevas no suelen tener la buena costumbre de comer en algunas ocasiones...?—le digo en voz fuerte y un poco molesto.

—¡Sí, hombre...!—contesta con alegría que no puede disimular. En un momento hace desaparecer sus croquis, cuadernos y lapiceros y, antes de que yo pueda tomarle la delantera, desparrama sobre el suelo el contenido de su mochila. Agregó cuanto llevo en la mía y el «banquetazo» es memorable.

No sé cómo me encuentro en este lío. No recuerdo; lo cierto es que me he colado por el agujero y, con una vela en la mano que me ha prestado—él lleva su buen cacharro de carburo—le sigo un poco aturdido y bastante asustado.

Con seguridad instintiva, consultando en los recodos su plano del antro (fig. 1) y desenrollando de un carrete el cordel de seguridad, paso a paso, José se deja tragar por la noche eterna de la cueva que alumbran débilmente vela y carburo...

Le sigo; todo me sorprende... En alguna breve parada que José impone me cede su farol de carburo; entonces veo danzar su sombra arrojada haciendo cabriolas fantásticas sobre la irregularidad de techo y paredes.

Más notas; de tiempo; métricas; de comprobación de medio ambiente; de aire, viento, humedad... Pero me aturdo; soy incapaz de fijar mi atención en nada concreto y me limito, aunque intente lo contrario, a llenarme de esta fuerte impresión primera del que recibe su «bautizo de tinieblas». ¡Yo, que tanto amo la luz de la Cumbre...!

José observa con especial entretenimiento y curiosidad una zona de la cueva, en el piso, en las paredes...

—¡Mis «cebos»...!—dice callandito. Yo nada veo. Silencio.

—¡Un «quernetete»...!—grita. Saca un frasquito extraño; con un sistema de aspiración muy curioso se dedica a la caza de unos bichejos, al parecer insectos, que se mueven por el suelo... Pausa.

—¡«Trogloorites»...!—nuevo grito. Permanezco «helado»; esto debe ser importante...

—¡¡¡«Speocharidius»...!!!—nuevo «rugido» de alegría en José y nuevos gestos «brujeriles» de caza.

—No te asustes, Miguel—José ha comprendido y me tranquiliza—son insectos que nombre según descubro; hoy hacemos una buena «caza».

Está emocionado, agitado; pero no pierde el control de «sus cosas» y vuelve a ellas—carburo, lapiceros, cuadernillos—con amoroso entretenimiento.

—José—le digo—¿recuerdas la hora...?

—Sí; hay que salir. Te he prometido ser breve en esta tu primera aventura de cuevas. Me doy por satisfecho. ¡Hemos hecho una buena caza de pobladores de la caverna! Insectos que viven en la noche de la cueva. Animalitos sin órganos de visión cuya interesante vida subterránea ha preocupado y preocupa a los grandes investigadores de la pequeña fauna. Insectos coleópteros—¿recuerdas la «vaquita de San Antón» o el escarabajo pelotero?—y pseudocorpiones a los que, según el notable entomólogo Jeannel podríamos considerar descendientes de aquellos que vivieron en las postrimerías de la Era Terciaria; más tarde contemporáneos del hombre primitivo que habitara nuestras cavernas... ¡Maravilloso...! ¿No...?—se anima y continúa. Tenemos mucho que investigar; nada está «terminado»; hay interesantes lagunas que conocer; escucha y mira.

Me acerca el frasquito que contiene los bichejos a la altura de mi nariz y coloca la luz del carburo de forma que pueda verlos. Tras una pausa sigue:

—En esta misma caverna de MENDIKUTE, en el año 1919, se cazó un insecto parecido a estos que ves en el interior del frasquito—de los que te facilitaré un dibujo—(fig. 2). Estudiado posteriormente se llegó a determinar que podía ser un «speonomus», con unas particularidades que lo hacían *único hasta entonces de los recogidos* por lo que se le especificó como «speonomus mendizabali», en honor de un erudito investigador Isaac López Mendizábal. Como para determinar positivamente el hecho es necesario encontrar su pareja, es decir, el macho, se da el caso de que el interesante problema quede planteado ya que ninguno de los investigadores que han pasado por la caverna ha conseguido el preciado hallazgo... Breuil, arqueólogo francés—el que recogió ese magnífico ejemplar de hacha pulimentada de la cueva de Ernalde que habrás visto, sin duda, en la Sala de Ciencias Naturales del Mu-

seo de San Telmo, de San Sebastián—no lo encuentra. Tampoco su eminente compatriota Jeannel, antes citado y Español y Bolívar, investigadores entomólogos nacionales, obtienen el mismo resultado negativo en reiteradas exploraciones de la caverna... Y, ahora, nosotros. Nosotros, si no me equivoco, tampoco hemos tenido la suerte de hallarlo... Es necesario insistir. Ya ves; yo no sé nada de insectos, pero el tema ha llegado a apasionarme. Asesorado por la Sección de Entomología de ARANZADI, estudio la cosa y ¡figúrate si en una de estas exploraciones llegamos a tener la suerte de dar con el animalito...!

Su rostro al que la luz del carburo ilumina con tintes fantasmales, se anima; hace una respiración profunda y machaconamente se repite. Es el «ladrillo» del día que admito no sin emoción sincera al observar a un hombre tan serio preocupado por cosas tan pequeñas.

—¡Es necesario insistir...!

Retrocedemos. La verdad es que deseaba esto. El ambiente comenzaba a pesarme; me sentía molesto, agobiado; ahora, entretanto José me alumbraba y yo camino y recojo en el

carrete la cuerda tendida, una sensación nueva de alegría y triunfo compensa y tranquiliza mi tensión. Caminamos en retroceso buscando la salida...

—¡Luz...!—he gritado con fuerte emoción.

—La de la boca—me dice José.

—¿La de la boca por donde hemos entrado...?

—¡Pues claro...!—agrega José que ha comprendido mi desorientación entretanto se ríe... Se ríe como un «gnomo» grandote y extraño que me hiciera muecas ante su lámpara encendida cuyos últimos destellos hacen brotar rapidísimas chispas de la luz de las paredes calizas de la cueva...

Un poco más y mis pulmones se llenan del aire vivificante del exterior, mis ojos de luz y mi alma de la paz de la tarde otoñal sobre la falda de MENDIKUTE...

Por la transcripción,

LONANDI

Del «Grupo de Ciencias Naturales ARANZADI»

N. de la R. — El Grupo de Ciencias Naturales «ARANZADI» atenderá, gustoso, toda solicitud de ampliación de datos sobre el tema que ha desarrollado nuestro colaborador «LONANDI».

BAIGURA (1.477 mts.)

(viene de la pág. 12)

contorneando por ambas vertientes el Mendizorroz, se alcanza 43 minutos más tarde el típico caserío de Abaurrea Alta, tras una travesía agradabilísima en la que se invierte aproximadamente hora y media desde la cumbre de Baigura.

Para el regreso elegiremos el puerto de Areta, punto más corto, sencillo y cómodo para trasladarse a Elcoaz. Se abandona para ello Abaurrea Alta por entre campos de labranza y en dirección S.E., donde se aprecia la depresión arbórea del collado. El camino, que en algunos pasajes más semeja calzada, se interna pronto en el hayado donde describe algunas vueltas. Continúa siempre en sentido ascendente y bien dibujado hasta salir al terreno despejado en riante vallelcito, rodeado por todos lados de tupido bosque, donde padece enorme cantidad de ganado equino. La senda que lo suplanta recorre en sentido longitudinal la llana pradera, tardándose unos 10 minutos en atravesarla,

para asomarse a la vertiente contraria en el puerto o collado de Areta (hora y cuarto). Nuevamente reaparece el camino primitivo en toda su anchura y perfección. Materialmente se desciende en largos trayectos bajo túnel natural formado por los hermosos ejemplares que les dan escolta. Bastante abajo, se abre el horizonte y se descubre Elcoaz y otros pueblos del mismo valle, entre la risueña campiña. Unas amplias vueltas bajan hasta el río, y por su orilla, tras de unas dos horas y media de caminata total en el regreso, se entra en Elcoaz y finaliza la excursión.

FRANCISCO RIPA VEGA

DEL C. D. NAVARRA

